

## EL CUERVO

*(Traducido libremente de Edgard A. Poe.)*

Reina la medianoche; calma fúnebre  
Se tiende en pos del recio temporal:  
Cansado al fin de recorrer volúmenes  
De mi estancia en la triste soledad,  
Al sueño me rendía, cuando, súbito,  
Un sonido me viene á despertar.  
"Alguien está llamando en el vestíbulo:  
Importuna visita!—exclamo—¡ Bah!  
¡ Será algún necio amigo de ifarándulas;  
Un necio, y nada más!"

Pasado ya el turbión, en ayes lúgubres  
De lejos se oye el viento suspirar;  
Sobre el tapiz imágenes fantásticas  
Arroja la luz trémula del gas:  
Vanamente en los libros un narcótico  
A mi acerbo dolor pensé encontrar,  
Que hasta mi sueño acibaró la pérdida  
De esa adorada, angélica beldad  
Que al cielo para siempre huyó, dejándome  
Tormento y nada más.

Meditando seguí: el rumor del céfiro,  
Las cortinas de seda al agitar,  
Me hacía estremecer, y un terror pánico  
Teníame clavado en mi sitial,  
Repitiendo con aire incierto, estúpido,  
Sin dominar por ello mi ansiedad,  
Sin dar yo mismo á mis palabras crédito:  
"Es alguien que me viene á visitar  
Y toca suavemente en el vestíbulo:  
Eso es, eso es no más."

De repente sentí llenarme de ánimo  
Y esforzando el acento más y más,  
"Caballero ó señora—grité impávido—:  
Allá voy; usted ha de dispensar:  
Es el caso que estaba ya durmiéndome  
Cuando de su venida la señal  
Confusa y débil resonó en mi tímpano;  
Tan suave fué que usted comprenderá...  
Allá voy." Y la puerta abrí con ímpetu:  
¡ Tinieblas, nada más!

Largo tiempo miré el espacio lóbrego,  
Temblando receloso al comenzar,  
Absorto al fin en sueño atrevidísimo,  
Cual nunca lo soñara otro mortal.  
Reinaba hondo silencio por los ámbitos  
Del universo en calma sepulcral:  
Sólo mi voz lo interrumpió "¡ Felicitas!"  
Gritando en la vacía inmensidad,  
Do un eco flébil repitió "¡ Felicitas!"  
Un eco y nada más.

A mi estancia volví cual ciego autómeta,  
 Con sólo un movimiento maquinal,  
 Y al punto á sonar vuelve toque ríspido  
 Que su origen trazó con claridad.  
 "Vaya, vaya—exclamé—, no en el vestíbulo,  
 Por la ventana alguno quiere entrar.  
 Veamos, que no tocan los espíritus  
 De ese modo: el misterio penetrar  
 Es preciso; de espantos ya dejémonos;  
 Será el viento no más."

En esto á la ventana llego rápido,  
 Y de golpe la abrí de par en par;  
 A poco revolando entró en mi cámara  
 Negro cuervo de aspecto funeral,  
 Y sin más ceremonia ni preámbulo  
 Que un vuelo silencioso, circular,  
 Sobre un busto de Palas, grave, tétrico,  
 Paróse en filosófico ademán:  
 Posado allí quedó con aire estólido,  
 Posado y nada más.

Tan serio continente en aquel pájaro  
 Parecióme fingida gravedad,  
 Y su actitud á risa provocándome,  
 Así con desenfado empecé á hablar:  
 "Por tu calva y tu gusto mitológico  
 Te reconozco al fin, ave infernal:  
 Cuervo más viejo que Saturno, prófugo  
 Del reino de la Noche, dime ya  
 Cuál es tu nombre en la región plutónica",  
 Y él respondió: "Jamás."

A tan clara respuesta quedé atónito,  
 De un cuervo no pudiéndola esperar,  
 Si bien al pronto parecióme bárbara,  
 Sin sentido, ó sin mucha urbanidad;  
 Pues en verdad no pudo figurárseme  
 Que un adverbio de tiempo y nada más  
 Bastara á contestarme, ó que el ridículo  
 Avechucho que hiciera pedestal  
 Del sacro busto de una diosa olímpica,  
 Se nombrara "Jamás."

En tanto el cuervo, taciturno, tétrico,  
 Quedó sin otro acento articular,  
 Cual si el que lo animaba negro espíritu  
 En un vocablo comprendiera ya.  
 Ni un movimiento en su plumaje de ébano,  
 Ni un rumor descubría al animal;  
 Hasta que dije con acento lánguido:  
 "Lo haré mi amigo y pronto volará;  
 Me dejará cual me dejaron pérfidos..."  
 El prorrumpió: "Jamás."

Asústome al oír tan pronta réplica,  
 Que ya no pareció casualidad:  
 "Tal vez—dije—la ciencia de este pájaro  
 Tiene esa voz por único caudal,  
 Y la aprendió de un loco ó de una víctima  
 Del infortunio... Mísero! trovar  
 Quizá no pudo su canción monótona  
 Sin esa muletilla, y por final  
 De cada estrofa recalcó fatídico  
 Ese *Jamás, jamás.*"

Así pensé, y el misterioso cárabo  
 Volvió mi fantasía á recrear  
 Y á contemplar me puse busto y pájaro,  
 Tendido muellemente en un diván,  
 Imaginando en posición tan cómoda  
 Cuanto pudo la mente cavilar,  
 Sin penetrar en el sentido místico  
 (Ni siquiera entendí el gramatical)  
 Que daba á su graznido el ave exótica  
 Al repetir "jamás".

En medio á aquel delirio ni una sílaba  
 Dejaba yo á mis labios escapar;  
 Miraba al cuervo y su mirar flamígero  
 Mi mente convertía en un volcán.  
 Débil, exhausto, mi cabeza lánguida  
 Reclinaba en la pluma del sofá,  
 Y á su contacto mi cerebro mórbido  
 Evocaba una imagen celestial.  
 En vano; ya el diván su forma angélica  
 No ha de oprimir jamás.

Mas al punto un aroma preciosísimo  
 De incienso comencóme á circundar,  
 Y el eco me arrulló de blanda música  
 Que ahuyentaba del seno todo afán.  
 "Desdichado—clamé—, el Señor benéfico  
 Te envía con sus ángeles la paz:  
 Apura, apura el delicioso bálsamo,  
 Y cese tan continuo lamentar,  
 Olvida para siempre á tu Felicitas..."  
 Gritó el cuervo: "Jamás."

"Profeta de dolor, inmundo oráculo,  
 Ministro aterrador de Satanás,  
 Ora te envíe Belcebú del Tártaro  
 Y te arrojará aquí la tempestad  
 Para engañarme con falaz pronóstico  
 O el destino infalible revelar,  
 Dime—exclamé—, por compasión á un mísero  
 Responde: ¿tendrá término mi mal?  
 Yo te conjuro por tu dios: respóndeme";  
 Y él contestó: "Jamás."

"Profeta de dolor, inmundo oráculo,  
 Ministro aterrador de Satanás,  
 Por ese cielo de esplendor magnífico,  
 Por su Dios que obedecen tierra y mar,  
 Dime si de la tumba tras el límite,  
 En la región de inmensa claridad,  
 Al fin he de encontrar á mi Felicitas  
 Y absorto en su belleza virginal,  
 A par de los querubes darle un ósculo..."  
 El respondió: "Jamás."

"Esta sea—grité—la prenda única  
 De nuestra despedida, ave infernal:  
 Húndete pronto en el profundo bátrato,  
 Tumbos dando al furor del huracán.  
 No dejes ni una pluma que en mi cámara  
 Me recuerde tu horóscopo fatal.  
 Vuela ya de ese busto y del vestíbulo;  
 Suelta, suelta; tu garra pertinaz  
 Mi alma rompe: retírate, retírate..."  
 Y él contestó: "Jamás."

Y desde aquella noche el cuervo lóbrego,  
 Posado allí, clavado siempre está  
 Sobre ese busto de la diosa, pálido,  
 Que le sirve de eterno pedestal.  
 Fiero demonio vigilando al réprobo,  
 No aparta de mí un punto su mirar,  
 Larga sombra arrojando, negra, fúnebre,  
 Do muere el sol y el luminoso gas...  
 ¡Ay! de esta sombra que enlutó mi espíritu  
 ¿No he de salir?—¡Jamás!

1867.

ADVERTENCIA.—Esta versión, verdaderamente magistral, que con diversas variantes se ha reproducido incontables ocasiones, aparece aquí con las últimas correcciones que le hizo el Sr. Mariscal.—B. D.

## LA HORA DE MORIR

*(Imitación de Mrs. Hemans.)* (1)

Llega su tiempo á las hojas  
 Y van cayendo una á una,  
 La flor perece en invierno  
 Y el ave entonces se oculta;  
 Tiene sus horas el astro  
 En que declina y se ofusca;  
 Mas no hay contigo un momento  
 De respiro, ¡oh Muerte cruda!  
 Son tuyos años y meses,  
 Todas las horas son tuyas.

El día para el trabajo  
 Del mundo avaro en la lucha,  
 Y cuando el sol, descendiendo,  
 Su faz radiante sepulta,  
 Es para el goce tranquilo  
 Que dulce hogar nos procura;

(1) Estos versos son en parte traducción y en parte imitación, por separarse á veces demasiado del original.—*Nota del Autor.*

La noche para el descanso  
De la fatiga importuna.  
Mas noche y día en tu imperio  
¡Oh Muerte pálida! juntas.

Sus horas tiene la orgía  
De aturdimiento y locura;  
Y en pos, de duelo ó fastidio  
Las negras horas pululan;  
Otras en que hondos pesares  
El corazón nos abruman,  
O bien amarga tristeza  
Al pobre espíritu anubla.  
Mas ¿quién tus horas limita,  
Muerte, si en todos triunfas?

La juventud orgullosa,  
La salud y la fortuna  
De ti parecen burlarse  
Y del horror de la tumba.  
¡Desventuradas! Muy pronto  
Pagan con llanto la burla,  
Que en tu impaciencia no aguardas  
A ver la espiga madura  
Para segar, y cosechas,  
Aun verde estando, la fruta.

Sabemos cuándo ha de verse  
Llena ó menguante la luna,  
Cuándo el otoño ha de darnos  
Su mies con mano profusa  
Y, cuándo, huyendo del frío,  
Las escarchas y la bruma,

Veremos las golondrinas  
Que bella estación anuncian.  
Mas ¿quién de morir pudiera  
Darnos la hora segura?

¿Será tal vez cuando el cielo  
De heladas nubes se cubra,  
O cuando llamas ardientes  
El sol estivo difunda  
Y aves y plantas y flores  
Lánguidas queden y mustias?  
¡Ah! de morir tienen ellas  
Una estación, no más una,  
Y el hombre mísero en todas  
Llega á fatal sepultura.

Estás ¡oh Muerte! en las olas  
Que el risco bañan de espuma,  
Do muge el viento, ó el aura  
Se duerme al són de la música.  
En mi apacible morada  
Te miro á veces oculta,  
Huyendo voy á los campos  
Y te diviso en la altura  
De la colina, en el valle,  
O en la barranca profunda.

Te veo donde el amigo  
Blando al amigo saluda,  
Donde se encuentran rivales  
Y con los ojos se insultan;  
Donde, olvidando las iras,  
Manos con manos se juntan,

Y donde, al hórrido estruendo  
 Con que se arroja la chusma,  
 Bandos guerreros se atacan  
 Y se destrozan con furia.

Y hasta en la cita amorosa  
 Que las estrellas alumbran,  
 Y hasta en las bodas alegres  
 Do amor eterno se jura;  
 En el cristal de la novia,  
 Del niño tierno en la cuna,  
 En el palacio del rico,  
 Del pobre en la choza rústica,  
 Doquier, á todo momento,  
 Tu árida faz se dibuja.

Llega su tiempo á las hojas,  
 Y van cayendo una á una,  
 La flor perece en invierno  
 Y el ave entonces se oculta;  
 Tiene sus horas el astro  
 En que declina y se ofusca;  
 Mas no hay contigo un momento  
 De respiro ¡oh Muerte cruda!  
 Son tuyos años y meses,  
 Todas las horas son tuyas.

## EL UNIVERSO INFINITO

*(Imitación de J. P. Richter.)*

La poderosa voz irresistible  
 Llamóme del Señor allá en mi sueño,  
 Y arrebatado me sentí en la altura  
 Hasta el inmenso pórtico del cielo.

“Ven—me dijo el Señor—, ven al instante  
 A contemplar las glorias de mi reino”;  
 Y á los Angeles puros que su trono  
 Circundan, á sus órdenes atentos

“Tomadlo—dijo—y transformad al punto  
 Su túnica de carne, el tosco velo  
 De sus ojos romped, y en sus entrañas  
 Soplad de vida portentoso aliento;

”Mas no toquéis su corazón; dejadle,  
 De su pristina condición recuerdo,  
 El corazón que tiembla y se acongoja,  
 Pobre cautivo del humano pecho.”

Súbito el cambio se operó; y un ángel  
 De enormes alas y ademán resuelto,  
 En sus brazos tomándome lanzóse  
 Del infinito espacio por los senos.

.....

A veces al compás vertiginoso  
Que marca de los ángeles el vuelo,  
Cruzamos un abismo y otro abismo  
De tinieblas y hondísimo silencio;

Sahas de la muerte, que dividen,  
Con la inmedible nada de sus huecos  
Los reinos de la vida en que pululan  
Soles, mundos, satélites sin cuento.

A veces encontramos nebulosas  
Masas que hirviendo están, y en su fermento  
De Dios sentimos el viviente soplo  
Los átomos en giros revolviendo.

Y allá, al confín de célica distancia,  
Que burla del astrónomo el ingenio,  
Percibo apenas claridad confusa,  
Blanca aurora de tímidos reflejos.

¡ Ya brilla esplendorosa! Ya llegamos  
A un mar de luz en limpio firmamento,  
Y entre soles volamos que deslumbran  
Y aturden al fragor de rudo incendio;

Entre planetas mil de lunas pálidas,  
De fúlgidos anillos foco y centro,  
O al través de un cometa vaporoso  
Que huyó al instante en el espacio etéreo.

Y eternidades luego de crepúsculos,  
Y eternidades de distancia luego;  
Y dondequiera alrededor brillando  
Racimos incontables de luceros.

Constelaciones mil y mil regadas,  
Cual en desorden y que á grandes trechos  
Mirándolas, parecen arreglarse  
En grupos hermosísimos, simétricos,

Y en la extensión sin límite que alcanza  
Ninguno á concebir, más que el Eterno,  
Levantán al Señor triunfales arcos,  
Ricas columnas y grandiosos templos.

Y otros más y otros muchos, por millones  
Las leguas avanzando, alzarse vemos,  
Cual montañas de cúspide atrevida,  
Perennes, encendidos monumentos.

Y en medio de los arcos erigidos  
A la gloria sin fin del Arquitecto,  
Como escalones de astros se veían  
Para llegar á su inmortal asiento;

Para escalar lo ilimitado en torno,  
Que arriba no hay ni abajo en el inmenso  
Espacio libre, donde las distancias  
Sin rumbo van y sin hallar un término.

Allí la altura sin igual se abisma  
De lo profundo en el terrible seno,  
Y no hay profundidad si se repara  
En la grandiosa anchura de los cielos.

Mar desprovisto de ribera y fondo,  
Hundidos en su diáfano elemento  
Bogamos sin hallarle superficie  
Ni alejarnos un punto de su centro.

Por el éter sutil atravesamos,  
Cual de infinito en infinito yendo,  
Creaciones sin número tocando,  
Mundos y mundos contemplando al lejos.

Mas ya el enjambre de lucentes globos  
Parece disminuir, y, al fin, sospecho  
Que termina, mis ojos fatigados  
Multitud menos densa percibiendo;

Cuando un clamor en el espacio vibra,  
Que cien astros en torno repitieron,  
A la alta voz solícitos prestando  
De su sonora aprobación los ecos.

Y aquel clamor indefinible anuncia  
Que existen otros mundos y hallaremos  
En breve otros planetas más hermosos,  
Con lunas mil y soles más espléndidos.

Confuso entonces, abrumado, exánime,  
De la emoción el insufrible peso  
No resistí, y entre abundosas lágrimas  
Mi débil corazón rindió su aliento.

Y "¡Basta! ¡basta!" al ángel repetía,  
"Suspende ya, por compasión, el vuelo;  
Que es ¡ay! de Dios la gloria insoportable,  
Y yo admirarla en su esplendor no puedo!

"De la persecución del infinito  
Sálvame pronto, y el recinto estrecho  
Del sepulcro será mi dulce abrigo  
Contra el espacio y su grandor tremendo.

"Porque no tiene fin, jamás termina..."  
Y el ángel, espantado, deteniéndose:  
"¿Con que no hay fin?"—exclama, vuelto el rostro  
De las estrellas al concurso inmenso.

A tal pregunta respondieron todas:  
"¡No hay fin! ¡no hay fin! en estruendoso acento:  
El hombre dijo bien; es infinita  
La poblada extensión del Universo."

Herida en lo más hondo el alma mía  
Del vasto coro al formidable estruendo,  
Rompe sus ligaduras, y al instante,  
Sobrecogido de pavor, despierto.

Sereno, al fin, con pálido vislumbre  
La ciencia al ilustrar mi pensamiento,  
"Tuya—exclamé—la inspiración ha sido;  
Verdad, Señor, lo que entreví en mi sueño."

*Mayo 3 de 1874.*



## LA NOVIA Y EL LEON

*(Traducida libremente de J. Chamisso.)*

Coronada de mirtos y azahares,  
Blanca la veste, rojas las mejillas,  
Ansiosa ya por acudir al templo,  
Del guardafieras la preciosa hija

Entra en la jaula del león soberbio  
Y con donosa mano le acaricia  
La ruda crin, al tiempo que á sus plantas  
Yace el león y atónito la mira.

Monarca de la selva destronado,  
Fué déspota feroz, hoy de una niña  
Esclavo humilde, emblema de la fuerza  
Que con su magia la beldad cautiva.

“¡Cuántas veces—dice ella—en nuestra infancia  
Tú y yo jugamos sin trabar rencilla!  
Mas ¡ay! de la inocencia y la locura  
Pasaron ya los venturosos días.

”En vano, cual entonces, la melena  
Retozando agitaras, y á mi risa  
Se unieran tus rugidos de alborozo,  
El tiempo que pasó no volvería.

”Vinieron con la edad razón y penas;  
Así, dice mi madre, así es la vida:  
Suceden á los juegos los cuidados,  
Y es hoy mujer la que era una chiquilla.

”Ay ¡ojalá que mi niñez durase!  
Contigo y con mi madre viviría  
Sin ambición ni orgullo, compartiendo  
Con ambos mis pesares ó mi dicha.

”Mas voy á ser del hombre que me aguarda,  
Con él quedando para siempre unida,  
Y es fuerza que después, abandonándote,  
Por tierra y mares su fortuna siga.

”Me vió, gustéle... y acepté su mano.  
Hoy ha de ser mi boda y mi partida...  
¡Adiós! te dejo con pesar; mis lágrimas  
Son prenda de esta amarga despedida.

”¿Me entiendes? Calma tan adusto ceño,  
Vuelve á mirarme con la faz tranquila...  
¿Lo ves? mi novio ya á buscarme viene;  
¡Un beso! y nunca olvides á tu amiga.”

Con tierno labio la sañuda frente  
Del monstruo acarició, que en sacudida

Violenta hace temblar la enorme jaula  
Y hasta la puerta disparado brinca.

En vano, por salir, la joven luego  
Forcejaba con él, no conseguía  
Moverlo un punto, sin poder, cual antes,  
Sobre la fiera rencorosa, altiva.

Ayes de angustia oyéronse y del novio  
La acongojada voz que "¡Un arma!" grita.  
'Un arma dadme pronto y muerte súbita  
Yo le daré; mi pulso no vacila."

En tanto Amelia tras el monstruo, rápida,  
De la jaula á la puerta se desliza;  
Mas el león de un golpe derribándola,  
La deja inmóvil en su sangre tinta.

Al verla entonces el feroz cuadrúpedo,  
Se llega inquieto á contemplar la herida,  
Aúlla de dolor, ansioso, trémulo,  
Y en desaliento la cabeza inclina.

Tiéndese al lado de la muerta joven,  
Clavando en ella la doliente vista...  
Un tiro se oye, la certera bala  
Le parte el corazón, y mudo expira.

*Agosto de 1877.*

### CANCION ITALIANA

*(De Stechetti.)*

Morir quisiera en la estación de amores  
Que el aire entibia serenando el cielo,  
Cuando en la selva cantan ruiseñores  
Y en verde pompa se engalana el suelo.

Morir quisiera cuando atrás del monte  
Se pierde el sol en límpido horizonte:  
¡Feliz si vuelve á Dios el alma mía  
En primavera, al expirar el día!

Mas cuando ruge el viento enfurecido,  
Cubierto el sol con tenebroso manto,  
Y oculto yace el pájaro entumido,  
Entonces ¡ay! morir me diera espanto.

Morir quisiera cuando atrás del monte  
Se pierde el sol en fúlgido horizonte:  
¡Feliz si vuelve á Dios el alma mía  
En primavera, al expirar el día!

## MUERTE DE JUDAS

SONETO

*(Del italiano.)*

Soltó el infame precio; y, empujado  
 Por la furia que engendra su despecho,  
 Llegó al Calvario, donde, en vil repecho,  
 De triste sauz colgóse el desdichado.

Pretende huir su espíritu malvado  
 Y, el paso hallando en la garganta estrecho,  
 Con fiero hervor agítase en el pecho,  
 Maldiciendo á su Dios y su pecado.

Sale, por fin, envuelto en ronco grito;  
 Sañudo un ángel préndelo al momento  
 Y en sangre de Jesús el dedo moja;

Con ella ¡ay! en la frente del maldito,  
 Sentencia escribe de infernal tormento,  
 Y al hondo abismo con el pie lo arroja.

## A ITALIA

SONETO

*(Traducido de Filicaja.)*

Italia, Italia, te donó la suerte,  
 Para hacerte infeliz, rara hermosura,  
 Funesto dón, presagio de amargura  
 Que en tu pálida faz el mundo advierte.

Menos hermosa hallándote, ó más fuerte,  
 Con más temor te viera, ó más cordura,  
 El Príncipe que te ama con ternura  
 Y en brazos te abandona de la muerte.

Y no descendería cual torrente  
 Los Alpes esa hueste asoladora  
 Del Pó á teñir en sangre la corriente;

Ni en lid extraña á tu interés, señora,  
 Te forzaría la extranjera gente  
 Siempre á servir, vencida ó vencedora.